

# ELLA SIN NOMBRE

María Laura Riba

## PRIMERA PARTE

*“...o crecer hasta mis ojos figuras de silencio y  
desesperadas.*

*Escucho grises, densas voces en el antiguo  
lugar del corazón”*

**Alejandra Pizarnik**

## I

**Cuando** nos quedamos solos en el cuarto y ella comenzó a quitarse la ropa con fingidas ganas, de manera torpe, con una extraña sensualidad, sentí miedo. Miedo de que se diera cuenta de que yo sentía miedo. Es raro decirlo, sobre todo, aceptarlo. No estaba acostumbrado a esas sensaciones, a ese singular temor de ser devorado desde adentro como si ella estuviera en mí, convertida en monstruo, en un gigante hambriento capaz de triturar a su paso mi limitado interior. Juro que estuve a punto de decirle que me dejara en paz, que no quería saber nada con ella. Algo en mí me advertía, me alertaba. No debía continuar. Algo me expulsaba de ella, me avisaba de alguna cosa que yo, en el fondo, ya sabía, conocía, pero que, en ese instante, no podía ni me atrevía a admitir.

Ella nunca conoció mis pensamientos ni mi sentir. No le interesaban. Ella siempre fue ella. Solamente ella. Cuando se arrimaba a mí era porque necesitaba de mí. Entonces ella se transformaba en una gata bella y atrayente, y yo lo olvidaba todo. En esas ocasiones ella se acercaba despacio, al acecho, siempre dispuesta a saltar sobre la presa. Venía con sus espléndidas tetas sueltas que me obligaban a mirar con los ojos de un macho en celo. Pero aquella vez no pude olvidarlo todo. Aquella vez, le juro, sentí miedo.

Yo estaba sentado en la cama. Con las rodillas juntas como un escolar, miraba de costado y transpiraba ante sus ojos rasgados... parecían despedir negros hilos de luz, una luz capaz de enloquecer. Sin preámbulos ella pegó sus pezones a mi boca y me forzó a abrirla. Ni siquiera yo entendía por qué me negaba a prenderme de ellos, a comérmelos enteros o poco a poco, tan iguales a frutas dulces y exquisitas. Entonces cerré los ojos, bien fuerte, apreté los labios, aferré sus brazos con rudeza, con rabia, y sin pensarlo dos veces, la arrojé sobre la cama. Sus grandes tetas sueltas se hundieron fofas sobre las sábanas siempre perturbadas; su espalda quedó ante mí, oculta bajo su cabello negro, lacio. Me incorporé con apuro y juré no mirar hacia atrás. Me lo juré una y cien veces en ese momento, pero no pude.

Antes de salir, desesperado, medio enloquecido, me di vuelta. Y allí seguía ella, boca abajo sobre las sábanas revueltas, con una minifalda apretadísima, adolescente, con las medias negras de lycra estrenadas esa noche, con un par de sandalias doradas de tacos muy altos. Con la espalda cubierta por el cabello oscuro y largo. La miré durante unos segundos. Ella se dio cuenta de que la observaba, entonces apartó su dócil cabello hacia un costado y dejó la espalda al descubierto.

No preguntó nada.

No me reprochó nada.

Yo parecía adherido al piso y mis ojos no pudieron apartarse de ella, de su morena espalda pequeña. Allí estaba. Yo ya lo sabía, pero quería no saberlo. Allí estaba su dolorosa espalda cruzada de lado a lado por terribles cicatrices, por moretones de colores apretados que nunca más pude ni podré olvidar.

Quedé petrificado en la mitad de la habitación. Un silencio indecente me zumbaba en los oídos concediéndome el aguijón de la culpa. Ella continuó en la misma posición, sin moverse, en silencio. No conseguí apartar mi mirada de su espalda de dieciséis años. Dieciséis años...nada más, ¿se da cuenta? Quise gritar; pero los gritos se escondieron en mi garganta, y en cambio me alcanzó un asco tremendo, una rabia descomunal.

Esa noche no pude pegar un ojo. Al salir de aquel cuarto de mala muerte, caminé sin rumbo hacia cualquier parte. Caminé y caminé del mismo modo en que lo hacen ciertos personajes en las películas cuando quieren olvidar o pensar en otra cosa: con un cigarrillo apretado en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón. Caminé tanto que, del barrio Quilmes, pobre y olvidado, terminé sentado en la costanera correntina, frente al río Paraná, de espaldas a lindas casas blancas. Allí me quedé con la mirada puesta en las aguas oscuras del río, sin poder verlo, perdido en la negrura de la noche. Sentado, acurrucado como un niño abandonado, sin apuro, algo triste, no pude dejar de pensar en Irupé. Ella, quien un día cualquiera me suplicó que nunca más la llamara de esa manera, que debía llamarla Vanesa porque quedaba mejor, que su prima le había dicho que ese era un buen nombre, que enganchaba más, que Irupé era un nombre pasado de moda, aburrido, que ella

era una chica joven con todo un mundo por delante, que cómo iba a andar usando un nombre de vieja y no sé cuántas cosas más...Sin embargo, aunque ella jamás me haya escuchado, yo la seguí llamando Irupé.

Todavía me parece verla jugando en el patio de tierra con un trapo de colores atado a la cabeza y una caja de lata donde guardaba secretos tesoros; sus ojitos pequeños y taimados, su carita redonda y oscura, sucia y fría. Y años después...esas malditas cicatrices marcadas en la espalda adolescente. No era la primera vez que el maltrato se hacía visible en su cuerpo; pero no sé por qué a mí, esos golpes, en ese preciso momento, me dieron tanta rabia, tanto dolor y tanta repugnancia. No era ella quien me provocaba náuseas, sino esa situación, ese modo de vivir...no sé...así...tan loco.

A veces, muchas veces, cuando pienso en Irupé y en mí, y recuerdo las cosas que pasamos por separado y juntos, continúo sintiendo lo que sentía entonces: que soy una bestia. Que ni siquiera me parezco a un perro.